

Vincent

Por Facundo Corvalán

La obra de Vincent van Gogh es el centro de atención de cientos que, desde un recorrido vacacional hasta una investigación académica, se ven cautivados por su producción. Ciertamente, esa atención no se relaciona, la mayoría de las veces, con una admiración excesiva por su técnica o formación en academias de arte. En las obras de Vincent hay “algo”.

Vincent expresa constantemente que se encuentra en la búsqueda de – dice Vincent - *“algo completamente nuevo”*. Allí, creo, es en donde existe un diálogo entre la revelación de la naturaleza en la mirada del artista y la reestructuración de ella a través de las necesidades y las pasiones. Esto no tiene que ver, por supuesto, con una exageración de lo emocional en el trabajo del artista que, ciertamente, también tiene una constancia de experimentación técnica visible. La cuestión de ese “algo” en Vincent se relaciona con una búsqueda casi incesante por encontrar el misterio trascendente del orden de las cosas, de la manifestación de la energía que mantiene todo unido. Muchas veces, esa búsqueda se ha interpretado, restringidamente, como elementos religiosos sustentados en el “creer” o en la “necesidad”. Sin embargo se observa, explícitamente en la correspondencia con Theo, que la incertidumbre por encontrar el “algo” – “eso”, a veces – es algo mucho más profundo.

Por supuesto, la cuestión de la búsqueda de Vincent se esclarece mucho más en las constantes referencias a Tolstoi. Algo vislumbró. La búsqueda del “algo” ya tenía una manifestación más precisa: en el arte, en sus diálogos con la naturaleza, debía encontrar una espiritualidad que trascendiera las burocracias y los dogmas y, en consecuencia, su trascendencia.

El problema no era entonces, al igual que en otros genios, la comprensión de su búsqueda, sino su traducción, su verbalización. En sus construcciones fuertemente profundas del mundo, de la naturaleza del hombre y de su comportamiento existe

una arraigada frustración por las limitaciones que les ofrece el lenguaje para expresarlas. Es por ello que resulta fácil, para los críticos más superficiales, atribuir el ingenio de las producciones de Van Gogh a la locura, a la avaricia y a la soledad y “salvarse” de adentrarse en los diálogos de “un hombre” con su misión de trascender.

Si se realiza un recorrido veloz por las cartas de Vincent a su hermano Theo fácilmente se puede hallar esa preocupación. La misión trascendental – o al menos la necesidad de expresar sus ideas en torno al trascender – es uno de los componentes esenciales de su pintura y, particularmente, en su etapa en Arlès donde la búsqueda parece volverse más insoportable. La sensibilidad de la “creencia”, entonces, es informada directamente por Vincent a través de la pintura.

Por ello, frente a los detractores de la técnica de Van Gogh al llamarlo “el menos impresionista de los impresionistas” o al criticar las versiones replicadas una y otra vez de la misma obra, se entiende que la obra es la mejor representación de los diálogos de “un hombre” con su mundo, de la evolución de esas ideas y de cómo se concebía a sí mismo dentro del caos.

Natural y paradójicamente, los intentos de representación “no tradicional” de “lo trascendente” desembocan en una obsesión con la noche. Vincent pasa horas caminando por las calles de Arlès para impregnar su retina del cielo estrellado. En medio de esa etnografía de la obsesión, escribe a Theo que: *“cuando siento una necesidad de religión, salgo de noche y miro las estrellas”*. Así, paulatinamente, asimila la idea de desprenderse de lo que sus ojos observan y halla la trascendencia.

El respiro final de esa búsqueda lo encuentra durante su internación. Durante noches enteras, Vincent miraba el cielo estrellado para tratar de memorizarlo, desprenderlo de su retina y llevarlo al despegue a la trascendencia. Ese deseo profundo por comprender que había “más allá” de lo observado se reflejó en una de las obras más emblemáticas del arte contemporáneo. “Una noche” se transformó

en el mejor libro de religión, el más sublime tratado de metafísica, en la expresión más sincera por entender su “para qué”.

Un hombre, en la búsqueda por trascender, comprendió la totalidad de la fugacidad de la vida en una noche estrellada.

